

## La elegante fuerza de la imagen

Por Giuseppe Ussani d'Escobar

Pablo Godoy es un joven fotógrafo que a través de su atento ojo nos regala momentos de puro y profundo arte. Captura instintivamente, en la fracción de un clic, lo invisible a simple vista, las mágicas simetrías de las personas sentadas en los bancos del Parque Forestal, las expresiones de los rostros que comentan pensamientos y sueños. Una narración de la ciudad de Santiago que fluye agradablemente pero que al mismo tiempo es vigorosa. Florecen personajes que parecen salir de universos paralelos: el travestido de “pestañas arco iris”, el “hada del Parque Forestal”, “la niña azul con perro” y la mimo del “yo me muevo entre la luz y la sombra”. Godoy conserva una limpieza en la composición fotográfica que asume un aspecto de intensa sacralidad. Las imágenes son totalmente libres y sin márgenes, compone instintivamente, casi como un artista del Renacimiento italiano, creando diagonales, espacios vacíos, diálogos entre volúmenes y luces. Algunas fotos podrían sugerir la presencia de un modelo que se presta al juego posando deliberadamente, pero no es así, se trata de instantáneas. En el caso de la mimo del Parque Forestal, existe una perfecta diagonal entre el rostro de la actriz y los hombros de los espectadores y además se forma una perfecta pirámide en la que el vértice lo constituye el bellísimo rostro de la chica. La luz crea los destellos de un cuento victoriano de hadas, adquiere un valor trascendental. La fotografía “pensando y mirando” tiene siempre por escenario el Parque Forestal: en primer plano un banco, un chico que piensa, apoyando el codo sobre el respaldo del banco, y al fondo, en la misma línea de fuga, otro chico levanta el brazo hacia el cielo creando una sintonía de formas con el que se encuentra delante de nuestros ojos. Se generan dos movimientos estrechamente emparentados que dialogan simétricamente entre ellos, creando una especie de complicidad visual entre las dos figuras. Una fuerza alucinante y onírica rompe el fondo de “azul mar”, un vagabundo se ha abandonado a la fuerza de la vida que lo ha sedado o aplastado, apenas se ven las manos o el rostro. Embestido por los avatares de la vida, es apenas un pecio a la deriva, en la que la diagonal se genera a partir del sombrero rojo para acabar en la punta del zapato. Esta capacidad de Godoy para capturar la potencia de una imagen, que hunde sus raíces en la observación de corte renacentista y barroco, rescata de mi memoria el “autorretrato de ahogado” de Hippolyte Bayard de 1840. El artista francés en el retratarse muerto en una hábil invención, se presenta según la antigua iconografía del Cristo depuesto, trazando una diagonal entre el sudario y los pies escondidos en la parte inferior izquierda. La fotografía, por vocación, está destinada a congelar un momento transformándolo en eterno. La muerte se abalanza sobre la imagen del vagabundo pero se ha detenido para la eternidad en el límite del abismo entre el cielo y el mar. Los “obreros cansados” del fotógrafo chileno, están en el autobús que los lleva de regreso a casa después de una dura jornada de trabajo en las minas. En el primer obrero, situado en la derecha de la fotografía, se percibe la mirada atenta e intensa de un hombre que proyecta sus pensamientos hacia adelante. El segundo obrero viaja distraído, envuelto en la corriente de su misma reflexión. El tercer obrero descansa. Godoy roba de sus personajes la psique y los movimientos, desenmascarando estados de ánimo y sentimientos. La fotografía de August Sander de 1914 “jóvenes campesinos” expresa una situación muy cercana a la de los “obreros cansados” de Godoy: en las dos hay tres hombres diferentes por actitud de los que el de la derecha tiene siempre la misma mirada atenta y severa.

Los temas sociales entran en las fotografías de Godoy, como en las de Sander, casi como queriendo testimoniar los diferentes niveles en los que se fragmenta la sociedad humana. Por este motivo, según mi opinión, una de las imágenes más agresivas de la exposición, junto a la del vagabundo, es la de un hombre que lleva en sus brazos la foto de Daniel Zamudio, un joven homosexual asesinado en Santiago por los nazis después de haber sido cruelmente torturado. Esta fotografía “esta destinada a” transformarse, digna e impasiblemente, en un icono de los derechos civiles contra la violencia salvaje de algunos hombres que no tienen ningún respeto por la vida humana. El dolor y la indignación en el rostro del hombre que lleva la fotografía son silenciosos, compuestos, amargos y de una increíble nobleza. La violencia no exteriorizada desemboca en las manos, cuyos dedos se cruzan apretándose estrechamente bajo el rostro del joven, casi como si se tratase de una plegaria catártica. Los ojos del hombre están entornados queriendo denunciar la ceguera de la violencia que ha acabado con una joven vida. Esta fotografía de Pablo Godoy tiene el mismo impacto emotivo que la fotografía de Paul Strand “blind woman” de 1916, una foto robada, como la del chileno, sin que la protagonista se diese cuenta. Quiero cerrar estas líneas con “la piojera, el palacio popular”, la fotografía del típico café-restaurante delante del cual la vida chilena se anima y encuentra la justa motivación, gracias a la alegría, para afrontar la vida de todos los días: las parejas coquetean, las notas de la guitarra, los sonidos de la vida...